La Florida, del Inca Garcilaso: notas sobre la problematización del discurso histórico en los siglos XVI y XVII

Los datos más elementales confirman en seguida que la obra del Inca Garcilaso de la Vega (1536-1616) ha despertado, a lo largo de muchos años, el interés de investigadores y comentaristas de todas las latitudes [1]. Con toda seguridad, ese creciente interés de tantos alude a la inmensa riqueza de sus textos. Pero desafortunadamente en muchos casos el afán de contradecirle ha sido más pertinaz que el deseo de comprenderle. Sabemos, por otra parte, que mucho de lo que se ha escrito sobre las obras del Inca ha derivado en polémicas ingenuas que niegan o reivindican las aportaciones muy disímiles que recogen *La Florida* (1605) y los *Comentarios reales* (1609-1617) [2]. Y si califico de ingenuas muchas de las controversias gestadas por las narraciones de Garcilaso, es porque suelen ser el producto de lecturas que rara vez trascienden la epidermis semántica de sus textos; y han sido, por lo general, apreciaciones parciales de sus textos motivadas, con frecuencia, por un trasnochado positivismo histórico que para nada figuró en los propósitos del Inca Garcilaso. Por su parte, la historiografía tradicional, con una desorientada obsesión clasificatoria, más de una vez ha relegado los textos del Inca a la marginalidad que usualmente corresponde a cronistas regionales [3]. Pero ocurre que los rangos ilusorios que a menudo resultan de esas clasificaciones son sintomáticos, en muchos sentidos, de la arbitrariedad interpretativa que se ha gestado en torno a otras obras seminales que relatan el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo [4]. Es sorprendente, por

---

[1] La bibliografía sobre la obra y la persona del Inca es ya muy extensa. Sin embargo, la información más significativa se resume en las obras siguientes: John Greer Varner, *El Inca: The Life and Times of Garcilaso de la Vega* (Austin: University of Texas Press, 1968); Aurelio Miró Quesada, *El Inca, Garcilaso y otros estudios garcilacistas* (Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1971); José Durand, *El Inca Garcilaso clásico de América* (México: Colección Sept-Setentas, 1976). Sobre la dimensión creativa de los textos puede consultarse mi estudio: *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega* (Madrid: Editorial Porrúa Turanzas, 1982). En ese libro se recogen, a su vez, los datos bibliográficos más recientes sobre el Inca y sus escritos. Agradezco la ayuda que recibí del *University Research Council* de *Vanderbilt University* cuando iniciaba las investigaciones resumidas en este trabajo.

[2] Esa dimensión polémica, casi siempre de poca utilidad, asoma repetidamente en varios estudios e intervenciones recogidos en: *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega* (Lima: Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, 1955). Otras desavenencias sobre sus textos las resume Francisco Esteve Barba en su *Historiografía indiana* (Madrid: Editorial Gredos, 1964), págs, 470-475.

[3] Esteve Barba, en el estudio antes citado le ubica, caprichosamente, entre los «historiadores de interés indígena en el Perú», pág. 470.

[4] Algunas de esas lecturas arbitrarias se exponen en el excelente ensayo de Roberto González-Echevarría, «Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista», en *Isla a su vuelo fugitivo: ensayos críticos sobre literatura hispanoamericana* (Madrid: Editorial Porrúa Turanzas, 1983), págs. 9-26. Véase, además, mi estudio: *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (Madrid: Editorial Gredos, 1982), págs. 15-92.

ejemplo, que no se haya advertido antes que los *Comentarios reales* exhiben, en muchos órdenes, el trazado monumental y el alcance descriptivo que caracteriza a las grandes historias naturales y morales de Indias que nos legaron Fernández de Oviedo, Las Casas y el agudo padre Acosta [5].

Sin abundar sobre esos equívocos de la gestión interpretativa, me parece necesario aludir, brevemente, a otras cuestiones que inciden negativamente en nuestra apreciación de los textos del Inca y de las crónicas en general. Es inevitable reconocer que para muchos lectores la designación *crónica,* utilizada por igual en los estudios literarios como historiográficos, nos remite, de hecho, a un legado arcaizante caracterizado por la estolidez dogmática; es decir, a textos en los que el discurso suele carecer de un relator individualizado y que se organizan a manera de inventarios monovalentes y cifrados en cronologías primarias [6]. Pero obsérvese que si insisto en estas distinciones globales es porque el vocable *crónica* asignado a textos, extraordinariamente dispares (como lo son, en efecto, *La verdadera historia,* de Bernal Díaz; los *Naufragios,* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, o *El carnero,* de Juan Rodríguez Freyle), no sólo opaca los rasgos distintivos de los textos en cuestión, sino que además desvirtúa la inusitada modernidad que a menudo proyectan las narraciones que he mencionado [7]. A la vez, la supervivencia de otras nomenclaturas desfasadas también oscurece la tensión especulativa y teórica que subyace en las principales narraciones que sobre América se escribieron en los siglos XVI y XVII; siglos, por lo demás, en los que se llevó a cabo —sobre todo en el ámbito de las culturas mediterráneas— un profundo cuestionamiento del discurso histórico [8]. Constatar ese hecho me parece indispensable, en parte, porque la creciente latitud informativa y ambigüedad formal que en los siglos XV y XVI asume la narración histórica debe verse como el contexto referencial inmediato en el que se configura como tipología innovadora, el discurso histórico sobre el Nuevo Mundo [9].

---

[5] Lo afirmo así porque en *La Florida* y más aún en los *Comentarios reales,* se expone un gran registro de conocimientos antropológicos, lingüísticos y económicos, así como extensas reflexiones sobre la historia y los procesos culturales que ésta relata. Los textos del Inca retienen, inclusive, la propensión enumerativa que, con perspectivas diferentes, despliegan Las Casas, Oviedo y Acosta.

[6] Esas precisiones se establecen en dos ensayos ejemplares de Hayden White: «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *Critical Inquiry,* Vol. 7 (1980), págs. 5-28; «Burden of History», *History and Theory,* Vol. 5, núm. 2 (1966), págs. 122-133.

[7] Me refiero a la problematización reflexiva de la escritura que se hace evidente en *La verdadera historia,* de Bernal Díaz, así como en los *Naufragios,* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y aún en las amplias secciones introductorias con que Fernández de Oviedo encabeza numerosos capítulos de su *Historia general y natural de las Indias.* Otros linajes de narraciones históricas, la aportación —mal conocida— de los preceptistas y el legado forense en la historiografía de Indias lo trato con mayor amplitud en mi libro: *El discurso cultural de América: sus configuraciones primarias (siglos XVI-XVII)* que en breve publicaré.

[8] Ver: Nancy Struever, *The Language of History in the Renaissance: Rhetoric and Consciousness in Florentine Humanism* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1970) y mi *La vocación literaria del pensamiento histórico,* págs. 80-92. Interesa, además, el estudio de Mariano Usón Sesé, «El concepto de la historia en Luis Vives», en *Revista de la Universidad* (Zaragoza), núm. 3 (1925), págs. 501-535.

[9] Consúltese el estudio preliminar de Santiago Montero Díaz que se recoge en su edición de la obra de Luis Cabrera de Córdoba, *De historia para entenderla y escribirla* (1611) (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948), págs. XI-LVI.

Esas relaciones que divulgaron las primeras imágenes del mundo americano serían, casi siempre, libros concebidos desde una razonada perspectiva interdisciplinaria y dotados de un amplio aparato retórico [10]; y paradójicamente esos textos emprendían —con no poca incertidumbre— la descripción de un mundo desconocido cuya solvencia referencial tuvo que ser establecida mediante recursos expositivos muy dispares. Piénsese, por otra parte, que en aquellos años, escribir sobre el Nuevo Mundo era por definición —tanto en la construcción narrativa como en otros órdenes— un acto experimental [11]. En aquellas circunstancias serían, por necesidad, otros los procedimientos que empleaba el relator y otras tendrían que ser sus concepciones de la perfectibilidad discursiva. Con frecuencia, las mismas dimensiones colosales de los temas a tratar harían ineludible un sistema proliferante e inseguro de referencias dentro del que aparecen aunados, datos verificables, un amplio temario de asuntos contenciosos y la presencia siempre contigua de lecturas muy diversas [12]. En otras ocasiones, sin embargo, el texto sería el producto insuficiente de testimonios desiguales y de breves relaciones individualizadas que a duras penas se avenían con la amplitud conceptual e imaginativa que procuraba el relator [13]. Esa, es, a propósito, la caprichosa disyuntiva en que se redacta *La Florida,* del Inca. Texto que, por múltiples razones, elijo como foco primario de este trabajo, aunque he de referirme inevitablemente a otros escritos de Garcilaso. Y si hago hincapié en mi elección, es porque *La Florida* ilustra, como pocas obras de su tiempo, esa referencialidad proliferante y conflictiva que se gesta en la historiografía del humanismo renacentista; referencialidad que se problematizará, aún más, debido a la intensa proyección individualizada que el Inca impone a sectores cruciales del texto. La suya es, al mismo tiempo, una narración que —siguiendo los principios rectores de la historiografía renacentista— se esforzará por revelar correspondencias sutiles entre la naturaleza del proceso histórico que se describe y la gestión creativa de exposición que se genera en el seno del discurso como tal. *La Florida* es, en muchos sentidos, un texto ejecutado a partir de otra suerte de conocimientos. La elaboración misma del discurso deja implícita la noción de que otra realidad —la americana en este caso— presupone, en varias medidas, otra ordenación del saber, y específicamente del saber histórico. Son, principalmente, esas dimensiones singularizadas de la narración las que examino en las páginas siguientes. Y aunque ya en otra ocasión me he ocupado, en detalle, de la

---

[10] Ciertamente, no todas las relaciones importantes escritas en el siglo XVI sobre el Nuevo Mundo, acusan el mismo grado de refinamiento compositivo. Esa característica prevalece, sobre todo, en las narraciones que nos legó el humanismo historiográfico que se inicia con Hernán Pérez de Oliva, Luis Vives y Páez de Castro, entre otros historiadores-preceptistas.

[11] Recordemos que los historiadores de Indias no sólo tuvieron que documentar un registro vasto de objetos, sitios y experiencias desconocidos, sino que además se vieron obligados a construir un discurso que se nutría tanto de la historiografía clásica y medieval como de la retórica forense; serán, además, textos redactados, con frecuencia, desde una vertiente autobiográfica y que fueron escritos muchas veces por personas sin formación histórica previa y a veces impulsados más que nada por un afán de reivindicación individual.

[12] Algunas implicaciones de ese proceso se exponen en mi *Historia, creación y profecía,* págs. 74-83.

[13] José Durand aporta detalles de interés sobre esto en su trabajo: «Las enigmáticas fuentes de *La Florida*», *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 168 (1963), págs. 597-609.

composición y circunstancias en que se escribió *La Florida,* quiero, no obstante, destacar, en el contexto más restringido de este trabajo, la peculiar gestación de la obra y los procedimientos imaginativos que Garcilaso empleó para dar una configuración satisfactoria y a la vez atractiva a su texto [14].

El caudal, un tanto disperso, de noticias que aluden a la preparación de *La Florida* [15], sugiere que Garcilaso tenía aproximadamente veinticuatro años cuando empezó a reunir los primeros apuntes sobre la desgraciada expedición que Hernando de Soto llevó a Florida [16]. De ello, se deduce entonces que lo que el Inca nos relataría muchos años después en su extensa narración, era un tema que se remonta a sus primeras inquietudes intelectuales; época —y esto vale la pena subrayarlo— en que no eran precisamente sus lecturas predilectas [17]. Por muchas razones cabe preguntarse entonces por qué le interesaron, de tal manera, acontecimientos ya algo remotos y que debieron verse, en aquellos años, como capítulos marginales en la conquista del Nuevo Mundo. Para responder a esa pregunta la investigación histórica ha ideado una serie de razones generalizados y un tanto endebles que no se ajustasn al carácter individualizado ni al grado de elaboración creativa que identifica al discurso de Garcilaso [18]. Creo, en todo caso, que para explicitar satisfactoriamente la génesis de la obra —así como su profunda raíz imaginativa— es preciso remontarse a una etapa primaria y germinal; a una suerte de *inventio* aristotélica, que nos remite directamente a la infancia y adolescencia del Inca en Cuzco. Pienso que es indispensable retornar a aquellas circunstancias iniciales por dos razones centrales: en primer término, porque son las vivencias de esa primera juventud las que de manera satisfactoria nos explicarán el curioso nexo individualizado que se establece entre Garcilaso y las

---

[14] *La Florida,* del Inca, se publicó en Lisboa en marzo de 1605. Bajo la protección de la Casa de Bragança el texto fue sometido a la inquisición portuguesa y una vez aprobado fue puesto en manos del famoso impresor flamenco Pedro Craesbeeck; imprenta en la que se publicó la tercera edición del Quijote. El título de la obra reza: *La Florida*/del Ynca/Historia del Adelanta-/do Hernando de Soto, Governador y capi-/tan general del Reyno de la Florida, y de/otros heroicos cavalleros Españoles é/Indios; escrita por el Ynca Garcilaso/de la Vega, capitan de Su Majestad,/natural de la gran ciudad del Coz-/co, cabeça de los Reynos y provincias del Perú... *Obras completas,* Edición de padre Carmelo Sáenz de Santa María, S. I. (Madrid: B. A. E., 1965). Todas las citas provienen de esta edición. En todas las referencias a *La Florida* y los *Comentarios* se indican, según la obra de que se trate, la parte, libro y capítulo.

[15] De todas las relaciones conocidas, el texto del Inca es, en todos los órdenes, el más completo; en su narración Garcilaso integró casi todo lo que hasta entonces se sabía sobre aquellos hechos. Su obra no sólo es la más cuidada, sino además la que mejor adapta su disposición formal a la secuencia histórica que se relata. Según se verá en la redacción, como tal, *La Florida* está orientada por los cánones artísticos de la historiografía humanista.

[16] Los datos a nuestro alcance indican que el proyecto de *La Florida* quizá se remonta a 1563 ó 1564. Obsérvese que cuando el libro se publicó, Garcilaso tenía sesenta y seis años. Ya en 1586, en la dedicatoria que precede a su traducción de los *Diálogos de amor,* Garcilaso habla de *La Florida.* Y en 1589 está aún en el proceso de reelaboración y «esperando sacarla en limpio». Ver: Miró Quesada, *El Inca Garcilaso,* págs. 146-147.

[17] Como es bien sabido, Garcilaso confesará en varias ocasiones que en sus años jóvenes leyó con gran interés obras de ficción, muchas de las cuales conservó hasta el fin de sus días. Ver: *Historia, creación y profecía,* págs. 120-132.

[18] Ver: Miró Quesada, «Creación y elaboración de *La Florida* del Inca» en *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega* (Lima: Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, 1955), pág. 101.

desventuradas exploraciones que tan lejos del Perú llevó a cabo Hernando de Soto. Además, obsérvese que he de referirme a vivencias que el Inca evocará nostálgicamente y que él comenzará a reconstruir en años cuando le seducían —acaso por primera vez— las armonías conceptuales del pensamiento neoplatónico y una visión del pasado centrada en el idealismo histórico y caballeresco. Creo que éstas son consideraciones de interés porque iluminan, en más de un sentido, ese notable aliento épico de *La Florida,* así como las sutiles gradaciones expresivas que amplían el significado de los hechos relatados [19].

Como se verá, las razones que me llevan a enfocar de ese modo la gestación de la obra, son, al parecer, simples, pero de una validez que aumenta a medida que examinamos la configuración del texto. Datos numerosos recogidos por John G. Varner y otros garcilacistas indican que las primeras noticias que Garcilaso tuvo acerca de la expedición que organizó de Soto debieron relatarse en la casa de su padre, en Cuzco [20]. Sabido es también que el capitán Garcilaso gustaba de reunir, en ocasiones de sobremesa, a conquistadores y viajeros que traían consigo relatos de triunfos y desventuras [21]. Otros datos corroboran, además, que después de la espectacular batalla de Huarina, fueron huéspedes en la casa del capitán Garcilaso soldados y marineros que habían sobrevivido la expedición de Hernando de Soto. Refiriéndose, concretamente, a esas circunstancias, Varner —el más sistemático de los biógrafos del Inca— apunta lo siguiente:

> Antes de abandonar los llanos en que se había celebrado la batalla de Huarina, Pizarro había puesto los heridos de sus enemigos al cuidado de personas destacadas y con amplios recursos económicos; el hecho de que el capitán Garcilaso tuviese que asumir ese tipo de responsabilidades, nos indica cuál era su situación económica y que de hecho había logrado el favor de los círculos oficiales. Entre los personajes más notables que quedaron al cuidado del capitán Garcilaso figuraba Diego de Tapia, quien había sobrevivido la catastrófica expedición de Soto a la Florida; hombre que en varias oportunidades quiso demostrar su gratitud al capitán Garcilaso y que en más de una ocasión debió fascinar al hijo mestizo del capitán contándole al niño sus aventuras [22].

Es lógico anticipar, entonces, que las reminiscencias que motivó aquella expedición trágica se hubiesen relatado en la casa del capitán y que los ecos de esos relatos

---

[19]. Interesa en ese contexto el estudio de William D. Ilgen, «La configuración mítica de la historia en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso», en *Estudios de literatura hispanoamericana,* en honor a José J. Arrom (Chapel Hill: University of North Carolina Studies in Romance Languages and Literatures, 1974), págs. 37-46. Es curioso que uno de los textos que utilizó el Inca al escribir *La Florida* tiene un notable sesgo antiheroico; me refiero a los *Naufragios,* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

[20] Varner, indirectamente, documenta esas posibilidades, contactos y referencias. *El Inca,* págs. 81-82.

[21] Dice Varner sobre aquellas circunstancias familiares del capitán Garcilaso: «En la casa del Corregidor, se observaba ahora, aún más que antes, una extraña colección de aventureros, que habían logrado acceso a la casa debido a su expresa lealtad (al Capitán) y por las facultades que poseían como narradores.» *El Inca,* págs. 83-84. Las traducciones de Varner son mías.

[22] Obsérvese, de paso, que más de una vez en *La Florida* el Inca establece curiosas correspondencias semánticas entre el quechua y las lenguas que hablaban los indios que conocieron Cabeza de Vaca y Hernando de Soto (III, cap. V). Otros puntos de contacto entre *La Florida* y la historia peruana los elucida Varner, *Ibíd.,* pág. 80.

le sirvieran a Garcilaso como inspiración, cuando él, muchos años después, se dispuso a redactar las versiones iniciales de *La Florida* [23]. Al considerar ahora esos hechos tampoco debemos olvidar que el mismo Hernando de Soto, así como Gonzalo Silvestre —informante primordial del Inca— y otras personas que destacan en las páginas de *La Florida,* participaron, de manera activa en la conquista y colonización del Perú; aquellos hombres eran, por tanto, parte integral del proceso histórico peruano y como tales eran parte de una secuencia histórica en torno a la que el Inca meditó a lo largo de toda su vida [24]. Al ubicar los hechos de ese modo propongo que *La Florida* debe verse, básicamente, como una ramificación lógica del pensamiento histórico del Inca. Es ciertamente un área lateral de ese vasto proceso histórico, pero una, en todo caso, en la que Garcilaso no se veía restringido por fuentes documentales numerosas y de alta precisión informativa. Aquellos eran, en varios órdenes, episodios en los que él dispondría de amplia latitud descriptiva y que le servirían para ejercitarse en los rigores propios de la exposición historiográfica. Hay, según lo hemos visto ya, numerosas secuencias analógicas en *La Florida* que tienden a corroborar lo que he apuntado aquí. Si algo resulta obvio en los textos del Inca es que él se preocupó obsesivamente por todo lo que estuviese vinculado a la historia y contextos culturales del Perú [25].

Muy aparte de otras referencias numerosas, ya en su explícito Proemio a *La Florida* —texto capital en muchos órdenes—, Garcilaso nos avisará que con «el mismo deleite quedó fabricando, forjando y limando la [historia] del Perú, del origen de los reyes incas, sus antiguallas, idolatrías y conquistas, sus leyes y el orden de su gobierno, en paz y guerra» [26]. Sin exagerar en modo alguno la significación del texto, *La Florida* no sólo se concibe en la mente del Inca como un espacio complementario de la historia peruana, sino que esa narración se constituye, además, como un proceso de incubación que alcanzará sus posibilidades más satisfactorias en los *Comentarios reales.* Con esto quiero decir, a la vez, que *La Florida* aparece hoy ante nosotros como un enunciado

---

[23] El interés de Garcilaso por ilustrar todo americano a través de referencias al Perú lo verificaremos en (II, I, cap. XXIV). Son muy notables, además, las referencias al Perú en el primer capítulo del primer libro.

[24] En el contexto de estas relaciones, adviértase que Garcilaso casi siempre distinguirá en su narración a los expedicionarios que estuvieron en el Perú (III, cap. VI).

[25] Ya en la dedicatoria misma que Garcilaso ofrece a Felipe II, y que precede a su traducción de los Diálogos, el genial mestizo insiste en que su obra es «ofrenda singular que se os debe por vuestros vasallos, los naturales del Nuevo Mundo, en especial por los del Pirú (sic). Y en esa misa dedicatoria dirá también que escribe *La Florida* para "dar con ella ejemplo a los del Pirú (sic) donde yo nací". Sobre la referencia a "Pirú" véase el estudio de José Durand. "Dos notas sobre el Inca Garcilaso: Alderete y el Inca. Perú y Pirú."», en *Nueva Revista de Filología Hispánica* III (1949), págs. 278-290.

[26] Y en ese primer prólogo a su traducción de los *Diálogos* dirá, además:

«Pero con mis pocas fuerzas, si el divino favor y el de V.M. no me faltan, espero, para mayor indicio de este afecto, ofreceros presto otro semejante, que será la jornada que el adelantado Hernando de Soto hizo a la Florida, que hasta ahora está sepultada en las tinieblas del olvido. Y con el mismo favor pretendo pasar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias de ellas, y en sus antiguallas, las cuales, como propio hijo podré decir mejor que otro que no lo sea...»

Nótese la interrelación persistente que él establece entre los diferentes estadios de su obra histórica.

que asume entre sus referentes primordiales, uno que aún estaba disuelto en la imaginación del Inca Garcilaso [27]. Sin mayores esfuerzos advertiremos repetidamente que al narrar las circunstancias y conducta desplegadas imaginativamente por los indígenas de Norteamérica, el Inca tomará, por lo general, el antecedente peruano como medida implícita de lo que allí nos relata. «En todo el Perú —nos indica él al comentar hábitos de los indios en Norteamérica— la gente común casaba con una sola mujer, y el que tomaba dos tenía pena de muerte. Los incas, que son los de la sangre real, y los curacas, que eran señores de vasallos, tenían licencias para tener todas las que quisieran o pudiesen mantener, empero, con la distinción arriba dicha de la mujer legítima a las conductas» (I, cap. IV).

Lo que en trazos generales he apuntado hasta aquí, nos hace reparar en que *La Florida* muy probablemente germinó en la imaginación adolescente del Inca y como tal fue, en un orden primordial, producto de una dinámica asociativa que al cabo de los años asimilaría referencias, datos y textos que en algunos de los casos sólo existieron en la imaginación de Garcilaso. La observación que destaco no es excesiva si se toma en cuenta que el texto del Inca está cifrado en las versiones orales que en Madrid y en la aldea cordobesa de Las Posadas, le proporcionó Gonzalo Silvestre al Inca Garcilaso. Sobre el alcance y minuciosidades de esas noticias, que así recibió el Inca, no sabemos más que lo que él nos quiso decir. Pero el examen meticuloso de sus textos nos revela que Garcilaso no sólo transcribía los recuerdos de Silvestre, sino que además, es factible concluir que fue el Inca quien determinó, a la postre, el grado de elaboración expositiva que merecerían aquellos datos; y más aún, el mismo Garcilaso intervendrá en la fase primaria, es decir, la oral. Esa doble responsabilidad está verificada en pasajes de singular interés que el Inca incluye en su Proemio. Es allí donde, con su habitual discreción él se presenta como el supuesto «escribiente», sujeto al «autor». Pero véase que es él, como interlocutor, quien cataliza, desde un principio, el flujo de la narración; advertiremos, al mismo tiempo, cuán consciente está el Inca de la elaboración retórica que su texto debe incorporar.

> Todo esto —nos avisa Garcilaso—, como lo he dicho, me pasó con mi autor, y yo lo pongo aquí para que se entienda y crea que presumimos escribir la verdad, *antes con la falta de elegancia y retórica necesaria para poner las hazañas en su punto que con sobra de encarecimiento, porque no alcanzo y porque adelante, en otras cosas tan grandes y mayores que veremos, será necesario reforzar la reputación de nuestro crédito,* no diré ahora más sino que volvamos a nuestra historia. (II, I, cap. XXVII.)

De esa manera se descubre ante nosotros un sutil desdoblamiento de la *persona* narrativa que hay que tomar en consideración. Se trata de un rico doblez que, con un cariz cervantino, anticipa los desplazamientos imaginativos del discurso. Enfocada

---

[27] Me parece evidente que *La Florida,* en general, representa un proceso de incubación que encontrará su plenitud formal y temática en los *Comentarios reales.* Con ello quiero decir que *La Florida* se define, en parte, como una realización expositiva que tiene su razón de ser y su más íntima dimensión referencial en un texto definitivo que entonces existía, en gran medida, como contexto imaginario en la memoria del Inca. Más adelante se verá la significación global de ese proceso de relaciones textuales que se opera en la obra de Garcilaso.

[28] La cita me parece un tanto irónica ya que las matizaciones que el Inca ofrece correspondían, por igual, a los hábitos sexuales que compartían el monarca incaico y el español.

desde su amplia significación retórica, la postura narrativa que adopta el Inca y que acabamos de ver en el pasaje citado incrementa la tensión intelectual del enunciado a suscitarse en la mente del lector una desproporción notable entre lo que se supone que haga el relator (transcribir) y lo que en efecto hace. Esa postura dualizada dramatiza oblicuamente la imagen del relator; y es, de paso, esa maniobra la que le permite abarcar una realidad global en la que están comprendidos los aspectos externos o históricos, así como la interioridad misma del proceso narrativo [29]. Lo que he señalado nos revela entonces un narrador que se identifica como «escribiente», pero que es, en grados diversos, generador primario del discurso; hecho que altera, de inmediato, las distancias que habitualmente establecemos entre el relator y el texto que éste produce, así como las que de ordinario existen entre lectores y relator [30].

Las precisiones que ofrezco brevemente sobre la organización retórica del discurso en *La Florida* nos sirven, a primera vista, para corroborar la riqueza imaginativa del texto; pero, desde otro ángulo, esa configuración retórica pone al descubierto la referencialidad plural y reflexiva de un texto que, en un primer plano, designa ante todo una secuencia de hechos y un espacio geográfico. Ambos puntos de referencia, sin embargo, fueron verificados —imaginativamente— a través de una serie muy desigual de documentos e informaciones que Garcilaso recopiló en sitios y ocasiones muy variados. Refiriéndose en el Proemio a textos que sólo él conoció nos dirá:

> Conversando mucho tiempo y en muchos lugares con un caballero, grande amigo mío, que se halló en esta jornada [en la expedición De Soto] y oyéndole muchas y muy grandes hazañas que en ella hicieron así los españoles como indios, me paresció cosa indigna y de mucha lástima que obras tan heroicas que en el mundo han pasado quedasen en perpetuo olvido. Por lo cual, viéndome obligado de ambas naciones, porque soy hijo de un español y de una india, importuné muchas veces a aquel cavallero, escriviésemos esta historia, sirviendo yo de escribiente.

Luego aludirá, sin describirlas minuciosamente, a otras noticias que sobre aquellos acontecimientos llegaron a sus manos.

> Y sin la autoridad de mi autor [Gonzalo Silvestre], tengo la contestación de otros soldados, testigos de vista que se hallaron en la misma jornada. El uno se dice Alonso de Carmona, natural de la Villa de Priego. El cual, habiendo peregrinado por la Florida los seis años de este descubrimiento, y después otros muchos en el Perú, y habiéndose vuelto a su patria por el gusto que recibía con la recordación de los trabajos pasados, escribió estas dos peregrinaciones suyas, y así las llamó. Y sin saber que yo escribía esta historia, me las envió ambas para que las viese. Con las cuales me holgué mucho, porque *la relación de la Florida, aunque muy breve y sin orden de tiempo ni de los hechos, y sin nombrar provincias, sino muy pocas, cuenta, saltando de unas partes a otras, los hechos más notables de nuestra historia* [31].

En otros pasajes, Garcilaso se referirá por igual a documentos excepcionales que

---

[29] Pero es necesario tener presente que ese afán por controlar a la vez los aspectos internos y externos de la narración, se convirtió en rasgo distintivo de la historiografía humanista e incluso de la prosa de ficción. Ver Nancy Struever, *The Language of History...*, págs. 40-63.

[30] Dicho con mayor precisión, la latitud imaginativa del discurso en *La Florida* permitirá —según las circunstancias— que el lector de Garcilaso sea, por ejemplo, «el desocupado lector» de Cervantes o la persona que objetiva su lectura en coordenadas temporo-espaciales muy precisas.

[31] El subrayado es mío.

redactaron soldados que acompañaron a De Soto. Esos hallazgos también se verifican en el Proemio de *La Florida*.

> El otro soldado se dice Juan Coles, natural de la Villa de Zafra, el cual escribió otra desordenada y breve relación de este mismo descubrimiento, y cuenta las cosas más hazañosas que en él pasaron. Excribiólas a pedimento de un provincial de la provincia de Santa Fe, en las Indias, llamado fray Pedro Aguado, de la religión del seráfico padre San Francisco [32].

Y en porciones adicionales de este texto liminar nos dirá que el padre Aguado había confiado aquellas relaciones a un impresor cordobés y es allí donde dice haberlas encontrado el Inca. «Yo las vide, y estaban muy maltratadas, comidas las medias de polillas y ratones. Tenían más de una resma de papel en cuadernos divididos, como los había escrito su relator, y entre ellas hallé la que digo de Juan de Coles; y esto fue poco después que Alonso Carmona me había enviado la suya.» Pero es indispensable anotar que el manuscrito de Coles —a juzgar por las aclaraciones que sobre el texto nos hace allí Garcilaso— bien pudo deberse a varios relatores; lo cual inserta como posibles referentes de *La Florida* una pluralidad aún mayor de fuentes que disuelven la especificidad escritural de los textos aprovechados por el Inca. «Y así va la relación escrita en modo procesal, *que parece que escribía otro* lo que él decía, porque unas veces dice: "Este testigo dice esto y esto", y otras veces dice "Este declarante dice que vio tal y tal cosa", y en otras partes habla como si él mismo lo hubiese escrito, diciendo "vimos esto y hicimos esto", etc.»

En relación a estos textos que aprovechó el Inca, me parece lícito aceptar la insinuación que ha hecho Miró Quesada —y creo que con sobradas razones— al sugerir que esos manuscritos hallados por el Inca —pero de lo que no hay otras noticias— pudieron ser pretextos que cumplen una función retórica y, por tanto, imaginaria: aludo aquí al recurso, tan atractivo para la narrativa renacentista, mediante el que se alude a narraciones o manuscritos de procedencia misteriosa [33]. Sabemos, por otra parte, que Garcilaso manejó con sumo cuidado los *Naufragios* (1542) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y que pudo consultar otros textos que obraban en poder de su protector, el cronista imperial, Ambrosio Morales [34]. En general, la información brevemente resumida hasta aquí se conoce en sus aspectos fácticos, pero no se ha reflexionado con suficiente amplitud crítica sobre las implicaciones que tiene ese proceso de convergencias e interacción textual en *La Florida*. Es tal el registro de textos incompletos y vacíos informativos que inciden sobre la narración del Inca, que él, directa e indirectamente, pondrá de manifiesto, una y otra vez, su propia ansiedad ante mucho de lo que nos relata; ansiedad motivada, muy probablemente, por la

---

[32] El texto de Fray Pedro Aguado a que alude el Inca es la *Recopilación Historial Resolutaria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada de las Indias del Mar Océano* (Madrid: Academia de la Historia, 1930). Francisco Esteve Barba ofrece copiosos datos sobre este curioso libro en su ya citada Historiografía indiana, págs. 292-295.

[33] Ver: Miró Quesada, *El Inca Garcilaso*, pág. 147.

[34] Es probable que Ambrosio Morales —como cronista imperial— tuviese entre sus papeles las relaciones que el marqués de Cañete envió a España y que le fueron entregadas por Alvar Núñez Cabeza de Vaca y también por supervivientes de la expedición de Hernando de Soto.

desconfianza que puede suscitar la espléndida riqueza imaginativa de *La Florida;* riqueza que deriva de la sensibilidad literaria del Inca, pero que en términos más específicos se produce objetivamente como ejercicio compensantorio para equilibrar —a nivel de la persuasión— la pobreza, casi elemental, que en muchos casos le comunican sus propias fuentes.

No olvidemos en el contexto de estas reflexiones que, desde un principio, la de Garcilaso es una vocación narrativa fertilizada por el pensamiento utópico e inclinada al presagio; vocación que sólo podía sentirse satisfecha al darle un sesgo memorable a lo acontecido, aun cuando aquellos hechos humildes fueron, en verdad, padecidos en las más desoladoras circunstancias de escasez y frustración [35]. Son, a menudo, los pasajes de alta tensión expresiva, los que hacen pausar al mismo Garcilaso; y los que le inducen a reflexiones que al mismo tiempo le sirven como aparente justificación, pero que delatan, desde otros ángulos, su percepción un tanto ansiosa de sectores en los que se revela su gusto por la fabulación. Ante la elocuencia exagerada que atribuye a indios de Norteamérica, Garcilaso añadirá con alguna incertidumbre: «Según la reputación universal en que los indios están, no han de creer que son suyas estas razones» (I, II, cap. XXVII) [36]. Y allí, en otro momento, el Inca sacará a relucir su extenso bagaje cultural para indicar, a distancia, algunos referentes prestigiosos de sus textos y su propia reacción ante el contenido imaginativo que caracteriza al discurso.

> Y muchos españoles leídos en historias, cuando los oyeron, dijeron que parecían haber militado los capitanes entre los más famosos de Roma cuando ella imperaba en el mundo con las armas y que los mozos señores de vasallos parecían haber estudiado en Atenas cuando ella florecía en letras morales. Por lo cual, luego que respondieron y el gobernador los hubo abrazado, no quedó capitán ni soldado de cuenta que con grandísima fiesta no los abrazase, aficionado de haberles oído (I, II, cap. XXVII).

Si tomamos en consideración cómo fue redactada *La Florida* y el carácter deficiente y equívoco de las fuentes con que trabajó el Inca, comprenderemos por qué la narración —dado su alto nivel de refinamiento expositivo y argumental— debe considerarse, principalmente, como obra suya [37]. Aun cuando las experiencias de los españoles, en aquella expedición, hayan sido muchas, lo que al Inca le fue dado comunicar era poco; y era material recopilado por hombres con una formación elemental y desposeídos de los criterios selectivos necesarios para el historiador. Es

---

[35] No obstante, en *La Florida* él verá aquellos hechos de otra manera:

«Los que faltaren —dice Garcilaso, refiriéndose a los nombres que pudo haber olvidado—, me perdonen y reciban mi buena voluntad, que yo quisiera tener noticia, no solamente de ellos, sino de todos los que fueron en conquistas y ganar el Nuevo Mundo (sic.), y quisiera alcanzar juntamente la fecundia historial del grandísimo César, para gastar toda una vida contando y celebrando sus grandes hazañas, que cuanto ellas han sido mayores que las de los griegos, romanos y otras naciones tanto más desdichadas han sido los españoles en faltarles quien las escriba.» (II, I, cap. VII).

[36] Garcilaso conoció ese recurso retórico en la historiografía clásica y principalmente en Tucídides. Ver: José Durand, «La biblioteca del Inca», *Nueva Revista de Filología Hispánica,* II, núm. 3 (1948), págs. 239-264.

[37] Sobre las implicaciones que presupone el proceso de elaboración en *La Florida* debe consultarse —aunque en relación a otros textos— el estudio de Roberto González-Echevarría, «José Arrom, autor de la *Relación acerca de las antigüedades de las Indias:* picaresca e historia», *Relecturas* (Caracas: Monte Avila, 1976), págs. 17-31.

por ello que en *La Florida,* la elaboración narrativa, como tal, no sólo se cultiva para embellecer y otorgar decoro al texto, sino que sirve, concretamente, para mitigar la ausencia de un material informativo autorizado. Es comprensible entonces, que la utilización de un hablante imaginario [un indio docto en los códigos del honor caballeresco y la oratoria] se ofrezca, no sólo como paréntesis espectacular, sino, además, como instrumento retórico que puede evitar serios desniveles expresivos y documentales en la organización del texto; y lo que es más importante aún, hablantes de esa naturaleza le ofrecen al relator —desde la especulación retórica, como tal— prerrogativas testimoniales que en circunstancias habituales sólo permitiría la observación directa. Es esa proyección expresiva la que el enunciado alcanza en las intervenciones que aportan tres jóvenes indígenas de la región de Vitacucho.

> El principal intento que nos sacó de las casas de nuestros padres, cuyos hijos primogénitos somos y herederos habíamos de ser de sus estados y señorías, no fue derechamente el deseo de tu muerte, ni la destrucción de tus capitanes y ejércitos, aunque no se podía conseguir nuestra intención sin daño tuyo y de todos ellos. Tampoco nos movió el interés que en la guerra se suele dar a los que en ella militan, ni la ganancia de los sacos que en ella suele haber de los pueblos y ejércitos vencidos, ni salimos por servir a nuestros príncipes para que agradados y obligados con nuestros servicios, adelante nos hiciesen mercedes conforme a nuestros méritos (II, I, cap. XXVI) [38].

Vista en relación a otras narraciones que le precedieron, *La Florida* del Inca sólo asume todo el caudal informativo que contienen relaciones anteriores, sino que las supera, con mucho, en lo que se refiere a organización informativa y refinamiento expresivo. En casi todos los órdenes, ese grado de elaboración es sintomático de la historiografía humanista redactada, casi siempre, a partir del cotejo textual y desprovista de la inmediatez forense a que recurrían los cronistas conquistadores [39]. Muy distinta será, también, la postura que Garcilaso adopta, años después, al redactar sus *Comentarios reales.* Favorecido por conocimientos inmediatos, Garcilaso constatará los hechos muchas veces con objetividad notarial: «Pasando yo —nos dice el Inca— por el año de mil y quinientos sesenta, viniéndome a España, me llevó a su casa un vezino que se decía Garcí Vázquez, que había sido criado de mi padre y dándome el cenar me dixo: "comed de esse pan..."» (I, IX, cap. XIX) [40]. Además, en sus *Comentarios* reconstruye aún con mayor objetividad el proceso mismo de recaudación informativa.

> ... porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los condiscípulos de escuela y gramática encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particularidades y conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres; porque cada provincia tiene sus cuentas y ñudos con sus historias, anales y la tradición de ellas... Los

---

[38] Esa intervención del hablante imaginario es, en los códigos de la verosimilitud, utilizados en los siglos XVI y XVII, una forma de corroboración imaginativa, que se efectúa a nivel retórico. En esas transposiciones imaginarias, Garcilaso peca de las mismas aberraciones informativas que en otros contextos le censura a los historiadores españoles.

[39] Distinciones muy útiles sobre estos procedimientos se ofrecen en la obra de Alfonso García Gallo, *Estudios de historia del derecho indiano* (Madrid: Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, 1972), págs. 123-299.

[40] Esas confirmaciones fácticas que asociamos con los procedimientos forenses son más frecuentes en la segunda parte de los *Comentarios.* Ver, por ejemplo: (VI, caps. XVII, XVIII).

condiscípulos, tomando de veras lo que les pedí, cada cual de ellos dio cuenta de mi intención a su madre y parientes, los cuales, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escribir los sucesos de ella, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron (I, I, cap. XIX).

Es cierto que una vez en España Garcilaso se verá envuelto en reclamaciones económicas y de mérito que fueron sintomáticas de la conducta adoptada por innumerables conquistadores al regresar a la península. Pero esos y muchos rasgos que Garcilaso tuvo en común con otros hombres de su época no desfigura la singularidad de su talento y sensibilidad histórica, ni el complejo proyecto cultural que se desarrolla, gradualmente, en evolución misma de sus textos. La inspección crítica de sus obras pone en evidencia su afán por alcanzar otros elementos de juicio, distintos, ciertamente, de las categorías interpretativas que los historiadores europeos ponían en práctica al documentar las sociedades prehistóricas y sus legados culturales. Si bien esas aspiraciones se manifiestan en los escritos de Garcilaso, en términos de su metodología expositiva, las narraciones del Inca no difieren notablemente de sus modelos. Lo que ocurre es que aspectos formalizados y convencionalismos del discurso historiográfico asumen otras connotaciones culturales en *La Florida* y más aún en los *Comentarios reales.* Así, por ejemplo, Bernal Díaz, Cieza de León y Hernán Pérez de Oliva pondrán más de una vez en boca de indios americanos pronunciamientos que sólo podían emitir personas formadas en círculos cultivados de la tradición cultural mediterránea. Ese acto de violencia lingüística —presente ya en Tucídides y en la historiografía romana— para Garcilaso será un ejercicio imaginativo, al parecer convencional, pero que en verdad conlleva otros propósitos. En los textos del Inca esos pasajes indirectamente exaltan, en igualdad de condiciones, las facultades intelectuales del hombre americano. Y al hacerle autor imaginario de réplicas y panegíricos, Garcilaso también le hace al indio responsable de un acto verbal; le asigna un *corpus* textual, conservada en la memoria colectiva, pero propio de una organización cultural avanzada. Esa gestión reconocida en el discurso histórico alude, *en un plano gestativo,* al esfuerzo intelectual que se ha mantenido vigente en la cultura hispanoamericana desde el siglo XVI. Me refiero a la búsqueda de un código propio que, sin desvincularse de la cultura europea, designa y alcanza ese espacio cultural americano que ha de ser redescubierto en función de vivencias diferenciadas. Creo que estos pasajes del Inca, a primera vista ingenuos o exagerados, encarnan ya, de algún modo, esa aspiración.

Y a lo que decían de dar la obediencia al rey de España, respondía el indio que él era rey en su tierra y que no tenía necesidad de hacerse vasallo de otro quien tantos tenía como él; que por muy viles y apocados tenían a los que se meían debajo de yugo ajeno pudiendo vivir libres; que él y todos los suyos protestaban morir cien muertes por sustentar su libertad y la de su tierra; que aquella respuesta daban entonces y para siempre. A lo del vasallaje y a lo que decían que eran criados del emperador y rey de Castilla y que andaban conquistando nuevas tierras para su imperio respondían lo fuesen muy enhorabuena, que ahora los tenían en menos, pues confesaban ser criados de otro y que trabajaban y ganaban reinos para que otros los señoreasen y gozasen del fruto de sus trabajos; que ya que en semejantes empresas pasaban hambre y cansancio y los demás afanes y aventuraban a perder sus vidas, les fuera mejor, más honroso y provechoso ganar y adquirir para sí y para sus descendientes, que no para los ajenos; y que, pues eran tan viles

que estando tan lejos no perdían el nombre de criados, no esperasen amistad en tiempo alguno, que no podía emplearla tan vilmente ni quería saber el orden de su rey, que él sabía lo que había de hacer en su tierra y de la manera que los había de tratar; por tanto, que se fuesen lo más presto que pudiesen si no querían morir todos a sus manos.

Y, en un pasaje anterior, Garcilaso transcribe así otras declaraciones de aquel cacique:

Ya por otros castellanos, que años antes habían ido a aquella tierra, tenía larga noticia de quien ellos eran y sabía muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagabundos de tierra en tierra viviendo de robar y saquear y matar a los que no les habían hecho ofensa alguna; que, con gente tal, en ninguna manera quería amistad ni paz, sino guerra mortal y perpetua (II, cap. XVI).

Pero en trances en los que el Inca glosa el contenido de su propio texto, advertiremos hasta qué punto está consciente de las implicaciones de sus escritos y el alcance que para el lector pueden tener las amplificaciones retóricas que se asignan a un hablante imaginario.

Antes de que pase adelante —nos dice el Inca— en nuestra historia, será bien responder a una objeción que se nos podría poner, diciendo que en otras historias de las Indias Occidentales no se hallan cosas hechas ni dichas por los indios como aquí las escribimos, porque comúnmente son tenidos por gente simple, sin razón ni entendimiento, y que en paz y en guerra se han *(sic)* poco más que bestias, y que conforme a esto, no pudieron hacer ni decir cosas dignas de memoria y encarecimiento, como algunas que hasta aquí parece que se han dicho, y adelante con el favor del Cielo diremos; y que lo hacemos o por presumir de componer o *por loar nuestra nación,* que, aunque las regiones y tierras estén tan distantes, parece que todas son Indias (II, I, cap. XXVII).

Un efecto similar, aunque retóricamente más complejo, tienen las instancias en que aparece la fabulación intercalada en el discurso de la historia [41]; fabulaciones que como los discursos imaginarios exaltan al indio como ser capaz de razonamientos que manifiestan su predilección por una conducta honorable y por actos de generosa compasión; son valores de esa índole los que se transparentan en la narración titulada «De los tormentos que un cacique daba a un español». Unos pasajes brevísimos serían suficientes para comprobarlo.

Cuando quisieron sacar el cuarto [de aquellos prisioneros] que era mozo que apenas llegaba a los dieciocho años, natural de Sevilla, llamado Juan Ortiz, salió la mujer del cacique, y en su compañía sacó tres hijas suyas mozas, y, puestas delante del marido, le dijo que le suplicaba se contentase con los tres castellanos muertos y que perdonase aquel mozo, que ni él ni sus compañeros habían tenido culpa de la maldad que los pasados habían hecho... y pedía misericordia, que bastaba quedase por esclavo y que no lo matasen tan cruelmente, sin haber delito (II, I, cap. XI).

No estaría demás insistir en que muchas de esas cualidades admirables que resumen los textos citados en páginas anteriores, se reflejan positivamente sobre un relator que ya en el Proemio de *La Florida* se describía enfáticamente como «hijo de un español y de una india» y que dota a su persona de un vasto contenido simbólico

---

41 Ver mi *Historia, creación y profecía,* págs. 164-199.

—en términos culturales: visión ésa de sí mismo que adquiere una importancia excepcional en sus textos al convertir a Garcilaso en una entidad referencial primaria. Esa dilatada contemplación de su persona se hace evidente, una vez más, en el importante Proemio de *La Florida.*

> Y llevando más adelante esta piadosa consideración, sería
> noble artificio y generosa industria favorecer en mí,
> aunque yo no lo merezca, a todos los indios, mestizos y
> criollos del Perú, para que, viendo ellos el favor y merced
> que los discretos sabios hacían a su principiante, se animasen
> a pasar adelante en cosas semejantes, sacadas de sus no cultivados ingenios.

Al examinar el texto citado, desde la perspectiva que he sugerido, advertimos, en primer término, que en su declaración Garcilaso llega a contemplarse como ente representativo de toda una colectividad indígena y criolla; es decir, como símbolo de todo un nuevo contexto cultural e histórico que él ya discernía, de algún modo, como fundamento genuino de la realidad social americana [42]. La suya pretende ser, pues, otra voz emisora y acaso responsable a la vez de un *corpus* textual en gestación que había permanecido en la memoria de sus antepasados americanos. En esa gestión idealizada, pero culturalmente significativa, la labor de Garcilaso no será intrínsecamente diferente de la de otros importantes cronistas indígenas. Sólo que en el caso del Inca nos enfrentamos a un escritor cultivado en extremo y en fina sintonía con los aspectos más exquisitos de la cultura renacentista [43]. La voz y autoridad que se asigna Garcilaso emana, simultáneamente de sus conocimientos privilegiados del quechua, de su condición mestiza y oblicuamente del repertorio conceptual y expresivo que nos transmiten sus obras. Pero es una autoridad que se consagra no sólo para establecer las bases de una escritura propia, sino, además, para socavar en su base el discurso instituido por europeos que desfiguraba —según él, en un orden interpretativo— lo americano al concebirlo en función de imágenes y creencias derivadas del Viejo Mundo. Es a esas insuficiencias, entre otras, a las que se refiere al decirnos con falsa humildad en sus *Comentarios reales:*

> Sólo serviré de comento para declarar y ampliar muchas cosas
> que ellos (los historiadores españoles) *asomaron a decir* y
> las dejaron imperfectas por haberles faltado relación entera.
> Otras muchas se añadirán que faltan de sus historias y pasaron
> en hecho de verdad y algunas se quitarán que sobran *por falsa*
> relación que tuvieron por no saberla pedir en español con
> distinción de tiempos y edades... o por no *entender al indio*
> *que se las daba* (I, I, cap. XIX).

---

[42] Prueba de su interés en ese sentido es su intento por definir la naturaleza del hombre americano. Afanes de esa índole le llevan, por ejemplo, a catalogar formas del mestizaje que figuran entre los primeros esfuerzos de su tipo que ofrece la historiografía de Indias (I, II, cap. XIII).

[43] El sistema referencial de sus escritos repetidamente pone en evidencia el registro de sus lecturas. Pero Garcilaso pondrá en juego —con obvio sesgo neoplatónico— todo su trasunto cultural al formular conceptualizacioness históricas que equiparan el contenido de la cultura incaica con la del mundo occidental. Ver: (I, I, cap. XVIII) y (I, VI, cap. II).

Claro que esas refutaciones de Garcilaso —más tajantes ciertamente en los *Comentarios*— son un arma de doble filo, ya que en numerosas ocasiones Garcilaso tendrá que recurrir metodológicamente, e inclusive en aras de información, a buena parte de los escritos que más de una vez rechaza en términos vehementes [44]. En ese sentido, como en otros, Garcilaso no sólo participa de la retórica del desagravio, sino que instaura una gestión crítica en la que el enunciado, mediante variantes reiteradas de la glosa, va poniendo en tela de juicio su propia validez.

Consciente de esa dimensión excepcional presente en las narraciones del Inca, Julio Ortega ha señalado en un añálisis certero que «los *Comentarios* del Inca se generan en el interior de un discurso estatuido —el de la política como norma ordenatriz, de raíz neoplatónica— para construir desde él la imagen confluente de una moderna respuesta americana». Y para matizar esa apreciación añade: «Pero no solamente porque varias fuentes convergen en la escritura [de Garcilaso], sino porque ésta cristaliza el presente del acto deliberativo de escribir—, ya que los *Comentarios* actualizan su ocurrencia, son un acontecimiento de la escritura» [45]. Es evidente que la magnitud del proyecto cultural que impele a la escritura del Inca es considerable; y el advertirlo no es necesario exagerar la modernidad de sus propósitos. Ante los textos del Inca observaremos que su empeño trasciende, en varios órdenes, los objetivos que en general se situó la historiografía indiana. Lo que se insinúa, más de una vez, en las narraciones del Inca es una variedad de propósitos que duplican —en nuestra opinión— las imágenes del texto y que establecen, de hecho, una compleja referencialidad interna en su escritura. Es más, puede decirse que a partir de *La Florida,* las narraciones de Garcilaso pretenden dotar de una corporeidad escritural a la tradición oral del hombre americano y en particular a la del incario. Pero, además, su obra intenta reescribir —como ya vimos— el discurso letrado que producían cronistas y contadores oficiales. En su proyección más básica esa labor implica, a mi entender, la fruición primaria de un texto más auténtico en tanto que es capaz de designar sin el lastre de aberraciones nominales y transposiciones que iban quedando instituidas por las relaciones oficiales. Evaluada desde ese ángulo la escritura del Inca se presenta como un discurso que asume el presente de la actividad escritural en función de un futuro; escritura incómoda para muchos entonces —aunque no en todos sus sectores [46]— porque reivindica, entre otras cosas, una sensibilidad americana diferenciada por el acto de percepción. Además, en otros órdenes, en el literario, por ejemplo, la observación intensa, a menudo transforma la realidad objetiva, permitiéndonos intuirla globalmente con otro significado; proceso a través del cual la supuesta

---

[44] Uno de sus pasajes más sugestivos, en la primera parte de los *Comentarios,* alude a ese diálogo conflictivo que el Inca mantuvo con los historiadores españoles que escribieron sobre la historia del imperio incaico, la conquista y las guerras civiles del Perú. Véase: (I, I, cap. XIX).

[45] «El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura», *Prisma* I (1977), págs. 5-7.

[46] Ciertamente, la postura de Garcilaso es tradicional y hasta conservadora en lo que se refiere a la teología histórica y formulaciones políticas del imperio. Eso no le impedirá, sin embargo, desarrollar una perspectiva crítica que a la postre le lleva a ver el proceso de la conquista como un escenario trágico (ii, VIII, cap. XIX).

materialidad contextual a que remite el texto pasa a ser una presencia fluida, un espacio virtual del discurso [47].

Partiendo de esa observación es factible concluir que Garcilaso buscó en la experiencia narrativa —tan multifacética en su caso— todo un cúmulo de vivencias americanas que en su vida adulta conoció principalmente a través de las narraciones de otros. Eso es mucho más evidente en *La Florida,* por supuesto, pero lo que me interesa destacar es que al ver sus textos como exponentes de vivencias culturales muy diversas, Garcilaso admitirá sus escritos —implícitamente— como agregados genuinos que enriquecen y amplifican la naciente cultura hispanoamericana [48]. La dificultad que esa percepción individualizada supone, radica en que porciones muy amplias del discurso historicista elaborado por Garcilaso incide más allá de lo verificable. Por razones de su vocación, Garcilaso supo extraer, como pocos relatores de su época, esa fuerza primordial y casi atávica que contiene el mito y la materia anecdótica; y supo, también —con fina intuición histórica— que las creencias y lo legendario alcanza mayor perdurabilidad —inclusive en una cultura letrada— que la cifra y el dato. Conocedor, además, de los convencionalismos más prestigiosos que en su época regían la actividad intelectual, el Inca insertó, con frecuencia, en sus escritos la reflexión serena que deriva en matizaciones de corte epigramático [49]. Tal es lo que ocurre en *La Florida* al concluir la narración en que se relatan las torpezas de Juan Terrón. Es un pasaje que ilustra ese tono grave y refinado que resalta tantas veces en los escritos del Inca. «Tales son los que la prodigalidad incita a sus siervos, que después de haberlas hecho derramar en vanidad sus haciendas, les provoca a desesperaciones. La liberalidad, como virtud tan excelente, recrea con gran suavidad a los que abrazan y usan de ella» (III, XX) [50].

Pero no son esas elaboraciones cultivadas las que establecerán el carácter excepcional de la escritura del Inca. Más significativa es —como ya lo he sugerido— esa doble vertiente de rechazo y acatamiento que conlleva su discurso. Para salvar esas divergencias que él siente entre los testimonios y opiniones emitidas por cronistas oficiales y el reconocimiento que a la vez les debe, Garcilaso tendrá que recurrir a dos opciones que fortalecen su autoridad. En primer término insistirá en que los errores e incomprensión de cronistas anteriores fueron motivados por el desconocimiento de las lenguas indígenas; razonamiento que a la larga le llevará a postular —como un criterio renacentista— que en la actividad lingüística se ofrece el índice primordial de una cultura [51]. Superar esas desavenencias interiores de su discurso implicaba, por

---

[47] Esa valoración se ve sustentada en particular cuando analizamos los frecuentes episodios ficcionados que el Inca insertó tanto en *La Florida* como en sus *Comentarios reales.* Ver: *Historia, creación y profecía,* págs. 149-199.

[48] Me refiero aquí al sentido de protagonismo que el Inca inserta en sus narraciones, al contemplarlas como un tipo de valoración histórica y cultural que no representa una mera continuación de la cultura peninsular y tampoco un regreso a la mitología histórica del incario.

[49] Se trata de un recurso que en su base se remonta a las más primitivas formas de la retórica decorativa que prosperó en la historiografía romana y que Cicerón refutó tantas veces, aunque sin dejar de aplicarla.

[50] Luis Loayza ha comentado con agudeza ese relato en su libro *El sol de Lima* (Lima: Mosca Azul, 1974), págs. 48-50.

[51] Para un análisis informado de ese aspecto de la obra del Inca interesa el estudio de Margarita Zamora

necesidad, un acto de sublimación conceptual, por así decirlo, que, desde los cánones del humanismo historiográfico, sólo podía alcanzarse a nivel retórico. La discontinuidad que se opera entre su percepción cada vez más individualizada de los hechos y los criterios represivos que imponía el discurso historiográfico institucionalizado, tendría que resolverse en la configuración misma del texto; es decir, mediante un sutil ejercicio de amplificación expresiva que otorgaba un decoro excepcional a la narración y que la distingue como texto que asume y supera a sus predecesores [52]. Acción esa que, desde otro ángulo, reivindica la marginalidad ignota que a partir del siglo XVI se confería a lo americano y que el propio Inca padeció en innumerables ocasiones [53]. En conjunto, esas proyecciones conflictivas que surgen ya en *La Florida* y que se expanden notablemente en los *Comentarios reales,* aluden a un deseo de repensar la historia americana en otros términos, librándola acaso de una marginalidad que la constituía como espacio excéntrico de la cultura occidental. En su dimensión más íntima, pues, la escritura de Garcilaso se define, en gran medida, como un espacio semántico señalizado por rupturas, antagonismos y diferencias a partir de los que la refutación se desdobla para asumir necesariamente una porción de lo que niega.

El diálogo mútiple que mantienen sus textos con los que produjeron cronistas anteriores pone en evidencia ese estrato antagónico a que me he referido. Los escritos de Fernández de Oviedo, López de Gómara y, en particular, los de Cieza de León, Zárate y el Palentino constituían un legado que Garcilaso afrontó simultáneamente como modelos y rivales [54]. Por su situación contextual el Inca estaba obligado a defender la concepción imperial, europeizante y teocéntrica que mantenía la Corona española; y si en general lo hace con aparente fervor, en otras ocasiones esa complicidad le resultará ingrata. Para resolver satisfactoriamente visiones contrapuestas de los mismos hechos era preciso entonces lograr un discurso cifrado en otro registro de conocimientos; pero conocimientos autorizados, principalmente, por un orden más secreto de experiencias lingüísticas privilegiadas [55]. Sólo que la enunciación de ese saber requería, además, un nivel de intelección rico en conceptualizaciones novedosas y confirmado, a su vez, por una escritura señalada por su refinamiento formal.

Estas distinciones son necesarias sobre todo al evaluar *La Florida* del Inca, en los términos que dicta la configuración misma del texto. Recordemos, como aclaración pertinente, que para la mayoría de sus lectores europeos del siglo XVI la Florida y sus

---

«Language and Authority in the *Comentarios reales*», *Modern Language Quarterly,* vol. 43, núm. 3 (1982), págs. 228-241.

[52] En esa vertiente es casi tan sugestivo lo que el Inca suprime como lo que relata. Poco se ha estudiado ese contenido tácito que incrementa la expresividad y tensión intelectual de sus textos.

[53] La marginalidad y el rechazo a lo americano los elucida John H. Elliot en su importante estudio *El Viejo Mundo y el Nuevo: 1492-1650* (Madrid: Alianza Editorial, 1970), págs. 30-70.

[54] No es así, curiosamente, como el Inca contemplará el contenido histórico de *La Araucana,* de Alonso de Ercilla, acaso porque en el poema resplandece una visión épica y artística de la historia que era afín a la sensibilidad narrativa del Inca. Véase el interesante estudio de Alejandro Bernal, «*La Araucana,* de Alonso de Ercilla, y los *Comentarios reales,* del Inca Garcilaso de la Vega», *Revista Iberoamericana,* núms. 120-121 (1982), págs. 549-562.

[55] En última instancia, el Inca reclama el quechua —y con razón— como lengua materna para consolidar su autoridad testimonial.

territorios adyacentes eran un espacio imaginario; un espacio inclusive mucho más distante y remoto de lo que entonces podían ser los virreinatos del Perú o Nueva España. En un plano inmediato el referente más persuasivo que ofrecía la narración radicaba, no en la supuesta materialidad de los hechos o de la geografía, sino en el diseño retórico de la narración.

Centrándose en las características propias del enunciado puede afirmarse que *La Florida* del Inca obedece, en términos generales, a los cánones de la historiografía humanista que en el *Quattrocento* se consagró en textos célebres de Leonardo Bruni, Francesco Poggio Bracciolini y Eneas Silvio Piccolomini, entre otros [56]. En lo medular de ese pensamiento histórico se impuso gradualmente un ideal retórico del pasado; idea que Nancy Struever ha definido con precisión admirable.

> Si la elocuencia era, en efecto, una preocuapción central para el historiador humanista, su propósito sería, desde luego, demostrar que las conceptualizaciones retóricas eran base primordial de su labor. La retórica, como tal, determinaba entonces los aspectos más eficaces y laboriosos de la pesquisa. En un sentido más concreto, las preocupaciones retóricas se percibían —en el pensamiento histórico de los humanistas— como un impulso innovador que, lejos de obstruir, liberaba y esclarecía la percepción del pasado que exaltaba el humanismo historicista [57].

A través de formulaciones complejas lo que ese nuevo discurso se proponía era superar una visión del pasado resumida en las crónicas medievales; visión en la que la vida y la actividad cultural, aparecen como un indiscriminado concurso de objetos y acontecimientos que era preciso rescatar de la distracción y el olvido. Sin extender la similitud en modo extremo, esa es la situación del Inca en *La Florida;* sobre todo si consideramos el primitivismo de los textos precursores y la penumbra en que permanecían aquellos hechos. Pero más que sobre el acopio de datos, el historiador humanista reflexionará sobre un acontecer proliferante, interiorizado en la cultura y rico en causalidades políticas y económicas; y en ese acontecer se distinguirán las experiencias que se transmutan en emanación connotativa y que registran tanto el hecho como las implicaciones propias del azar. No puede sorprendernos entonces que ese sea un discurso en el que acontecimientos previos se ilustran simbólicamente en la organización compositiva de la narración. Se creyó a partir de esas nociones que al contemplar el pasado a través del prisma lingüístico —como matriz cultural— podrían elucidarse los hiatos y enigmas que suelen oscurecer el verdadero significado de los hechos históricos. Y al quedar establecida de ese modo la primacía del discurso como configuración simbólica del proceso histórico, era de esperar que la narración acogiera con facilidad un amplio bagaje de reminiscencias literarias; hecho que explica por qué

---

[56] Ver: José Durand, «La biblioteca del Inca», págs. 239-264; y Eugenio Asencio, «Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso», *Nueva Revista de Filología Hispánica* VII (1949), págs. 583-593.

[57] *The Language of History in the Renaissance* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1970, pág. 63. Félix Gilbert, por su parte, en su importante estudio *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth Century Florence* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1965), destaca que «Las investigaciones históricas de los humanistas eran parte integral de un vasto *corpus* de obras destinadas a salvar para la posteridad los hechos del pasado. Para el humanista, pues, la historia era un género literario, pero que incorporaba objetivos muy diversos.», pág. 276. Ambas traducciones son mías.

en esa modalidad del discurso histórico, el enunciado usurpa, con facilidad, los registros habituales del proceso descriptivo, para incidir en implicaciones sutiles que derivan de una secuencia de acontecimientos; es ese modo de proceder —entre otros— el que determina, por asociación, la digresión creativa en el discurso histórico desde la antigüedad clásica hasta el siglo XVIII.

En España, y más concretamente, en la novísima empresa que se proponía la historiografía de Indias, el pensamiento histórico de los humanistas otorgó una inmensa latitud al discurso que gestó el descubrimiento y la conquista [58]. Las nuevas posibilidades descriptivas que señalo son evidentes ya en el *Opus epistolarum* de Pedro Mártir de Anglería, pero sobre todo en sus *Décadas de Orbe Novo* (1530) [59]. Y a esa fina tradición letrada pertenecen por igual buena parte de la *Historia general y natural de Indias,* de Gonzalo Fernández de Oviedo [60]; la *Historia de las Indias y conquista de México,* de Francisco López de Gómara; la *Historia natural y moral de Indias,* del agudo padre José de Acosta, así como los textos oscuros que Juan Ginés de Sepúlveda nos dejó en su *De rebus hispanorum gestis ad Novum Orbem;* es a ese amplio linaje de textos cuidadosamente elaborados al que pertenece de lleno *La Florida* del Inca, tan distante ya, en muchos órdenes, de los testimonios de leguleyos como el Palentino o de las corroboraciones detallistas e inventariales de un Bernal Díaz o de un Rodríguez Freyle [61]. Para el quehacer más complejo que proponía el humanismo histórico, no bastaba con la supuesta corroboración de los hechos tal y como entonces se practicaba, sino que interesa más al humanista vislumbrar cómo debía configurarse el conocimiento histórico. Todo ello implica, por supuesto, la formulación de un discurso que admite como componente central una dimensión argumentativa que —sobre la marcha— establece y cuestiona sus propias opciones.

Hay, por último, otra dimensión raigal e intensamente problematizada que reconocemos en el discurso de la historiografía humanista consagrada, en las *Décadas,* de Pedro Mártir; en la *Historia de las Indias,* de Gómara, y creo que más intensamente aún en *La Florida,* del Inca. Lo que deseo subrayar ahora es que Garcilaso —sin la autoridad del testimonio directo y en posesión de fuentes muy incompletas— se ve en una disyuntiva muy similar a la del novelista; es decir, se ve ante la necesidad de crear, ante todo, un espacio de lectura que designa, en gran medida, su propia singularidad y que tiene como base una intertextualidad imaginativa. Concebido así, el texto se logra mediante un ejercicio retórico dirigido tanto hacia la persuasión creativa como hacia la ordenación de conocimientos fácticos. Con esa perspectiva, la realidad contextual, entonces remota y desconocida, se configura en los signos específicos del texto [62].

---

[58] Latitud que corroboraríamos en *La crónica de la Nueva España,* de Francisco Cervantes de Salazar, y mucho después en la *Historia de la Nueva España* (1684), de Antonio Solís.

[59] La vasta significación de esa obra se elucida en el estudio de María de las Nieves Olmedillas de Pereiras, *Pedro Mártir de Anglería y la mentalidad exoticista* (Madrid: Editorial Gredos, 1975).

[60] Sobre todo las reflexiones que enuncia Oviedo, sobre la actividad política, y la naturaleza misma de la historia en el comienzo y terminación de su gran *Historia general.*

[61] Ver mi *Vocación literaria del pensamiento histórico en América,* págs. 123-155.

[62] Nociones éstas que enuncia en detalle Marcel Bataillon en su *Erasmo en España* (México: Fondo de Cultura, 1950), págs. 622 y ss.

Pero observemos que la realidad americana —como espacio cultural diferenciado— a que se alude en *La Florida,* en las *Décadas,* de Pedro Mártir, y en *Historia,* de Gómara, permanece, en última instancia, sin una designación auténtica. Esa configuración imaginaria, utópica del ámbito americano, le convertirá gradualmente en un espacio-texto que en diversas proporciones radicará más allá de los mecanismos nominalistas de que disponía entonces la historiografía del humanismo renacentista. América, como invención existirá, pues, como entidad desfigurada por el propio discurso que pretende identificarla; será el texto que se ve desprovisto de designaciones satisfactorias y que, con frecuencia, será contradecido por su propia glosa [63]. Contemplada de ese modo, *La Florida* aparece, en parte, como un sistema argumentativo de belleza incuestionable pero que desvirtúa —como discurso histórico— su propia validez referencial, ya que la escritura, como tal, se constituye como significante primario de lo relatado. En *La Florida* —y en la historiografía humanista de Indias— el discurso concebido como gestión utilitaria se consagra, sin embargo, como actividad poética; actividad que pretende nombrar —como acción reveladora— ese espacio cultural americano que se hallaba más allá de los sistemas descriptivos vigentes. Es en la revelación de ese espacio donde reside, en definitiva, la posibilidad de un discurso genuino; discurso que se proyecta como texto ideal y problematizado y que partiendo de *La Florida,* Garcilaso querrá consolidar definitivamente en sus *Comentarios reales;* texto, además, del que en última instancia, dependía la legitimidad de su persona y de la naciente cultura hispanoamericana que él sentía ya aunque entre no pocos equívocos como suya.

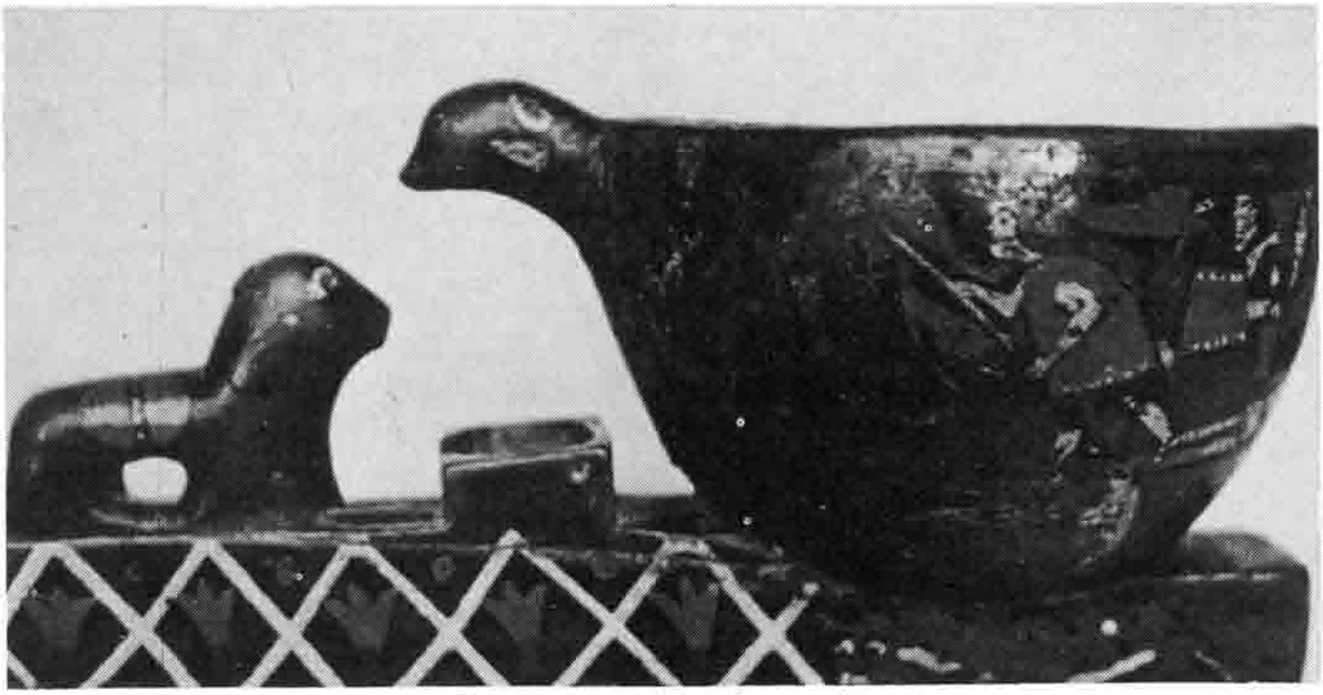
Hay, entonces, implícitamente en *La Florida* el comienzo —acaso primigenio— de una búsqueda, de una intelección capaz de lograr el texto que asimila y designa plenamente vivencias culturales que permanecían sin expresión adecuada. Se sugería entonces la necesidad de un texto en el que quedarían resueltas satisfactoriamente las percepciones desdobladas de nuestras aparentes anomalías, esplendor y extremos culturales; y en esa escritura se manifestará, ciertamente, un repudio de jerarquías ajenas a nuestro acontecer, pero más que nada, se expresará la necesidad de otras suertes de descubrimientos y lecturas que debían llevarse a cabo en el seno mismo de la tradición textual que ha establecido la actividad cultural en Hispanoamérica a lo largo de siglos [64]. El texto primordial e ilimitado a que he aludido es el que en los dos últimos siglos ha cristalizado progresivamente en el *Facundo,* de Sarmiento; en *La vorágine,* de José Eustasio Rivera; en *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos, y también es el texto que magistralmente se explicita en *Paradiso,* de José Lezama Lima; en *Concierto barroco,* de Alejo Carpentier; en *Cien años de soledad,* y más recientemente aún en *Terra nostra,* de Carlos Fuentes [65]. No creo que haya en lo que he afirmado hasta aquí, una

---

[63] Sabemos, por ejemplo, que Bernal Díaz refutará como inexactas las descripciones que ofrece Gómara, pero al intentar enmendarle terminará —en varias ocasiones— por construir una parodia inconsciente de las descripciones seductoras que Gómara imaginativamente hace de Tenochtitlán.

[64] En parte, son esos descubrimientos los que efectúan viajeros y exploradores en los siglos XVIII y XIX; en este último siglo destacará, por supuesto, otro régimen de lecturas evidentes en el *Facundo,* de Sarmiento, y diversos textos de José E. Rodó.

[65] Obra esta última en la que se dramatiza en instancias muy diversas la ausencia de esos textos que, al



Recipiente ritual fabricado en madera.

sobrevaloración de la modernidad problemática que exhiben los textos del Inca. Lo que he señalado lo enuncia, sin más, su propia escritura. Más aún, sus textos y su persona aparecen hoy como una dimensión primaria, pero dinámica de nuestra historia cultural; dimensión ubicada, entre las codificaciones absolutistas de la historiografía teocéntrica e imperial y el utopismo conflictivo que ya señalizaba —como apertura— el porvenir americano.

ENRIQUE PUPO-WALKER
Center for Latin American and Iberian Studies
Vanderbilt University
NASHVILLE, TENNESSEE 37235 (USA)

no resumir genuinamente la significación de un pasado, no podían, por supuesto, responder a los enigmas del futuro. Ver: Carlos Fuentes, «La novela en español hoy», *Revista Iberoamericana,* vol. 47, núms. 115-117 (1981), págs. 312 y ss.